

por el de colocación de los hombres conforme a sus facultades.

Cabanis siguió esta dirección en el sentido de que lo importante eran las desemejanzas y no las semejanzas entre los hombres. Pero este punto de partida, dispar respecto al anterior, abocaría a un mismo fin: el ideal de igualdad humana, a base de eliminar los defectos humanos observables en esa enorme variedad. Bichat contribuyó a la dirección organicista con su trinaría distinción de los hombres en intelectuales, sensoriales, mecánicos, de modo que sólo una podría predominar. El organicismo se basaría así en especializaciones, en funciones diferenciadas. El paso en literatura se dió desde Goethe al Romanticismo, mundo de convulsión y prodigio individualista. Burke, por su parte, clamó también en contra del igualitarismo. Todas estas doctrinas influyen en el organicismo de Henri de Saint Simon. Principalmente Bichat, de quien toma la tipología fisiológica para convertirla en social. Los tipos pasionales de Fourier responden a un grado más en el proceso de la conversión del ideal de igualdad en ideal organicista. La utilidad social es el pensamiento central de St. Simon, en virtud del cual todo hombre mal colocado respecto de su capacidad o talento es socialmente inútil o, al menos, reduce notablemente su propio potencial. Suprimido el malajuste de talentos, productor de las fricciones sociales, el reconocimiento de la superioridad del otro se haría en la sociedad organicista de St. Simon sin celos ni conflictos. El ejército napoleónico con sus ascensos fué prototipo para él de lo que sería o debería de ser la jerarquía organizada. El *slogan* saint-simoniano de que a cada cual cabe una función conforme a su capacidad, resume su pensamiento, que se aleja del moralismo del XVIII para tomar una carga emocional romántica. Producción y creación sobre consumo y distribución es la traducción económica de las ideas sociales de St. Simon.—E. S. E.

SHACKLETON (Robert): *The Evolution of Montesquieu's Theory of Climate*, en «Revue Internationale de Philosophie», números 33-34, 1955 (págs. 317-329).

El nombre de Montesquieu va asociado inmediatamente al de su teoría sobre la influencia del factor clima en el des-

arrollo de los pueblos y de sus civilizaciones. Examinadas las fases que en la formación de esta teoría atravesó su autor es el objeto del artículo del profesor Shackleton. El comienzo del serio interés de Montesquieu por la influencia de los climas en los pueblos es su viaje a Italia. La atmósfera romana, apreciada por algunos autores que Montesquieu cita, había sido calificada de poco salubre. Dubos ya concluía, en 1719, que el clima romano había cambiado desde los días de Bruto y Catón. Leídas las *Réflexions critiques* de Dubos, Montesquieu va a Roma, en 1729, y conversa con el cardenal Polignac sobre el aire de Roma. Parecidas observaciones hace al visitar Nápoles. Paralelamente a las observaciones científicas en Italia que se traducen en sus obras: *Réflexions sur la sobriété des habitants de Rome comparée à l'intempérance des anciens Romains*, *La Nature et les propriétés de l'air* y *Dissertatio de nativis deque adventitiis Romani caeli qualitibus*, va elaborando su concepto de «esprit général», sobre todo en sus *Pensées*. En *Considérations sur les Romains* aparecen juntas las dos teorías hasta entonces separadas y en cierto modo embrionarias. Desarrollada más la teoría de la importancia del factor climático en los pueblos se llega a los libros XIV-XVII de *L'Esprit des lois*. El autor examina cómo fué influido Montesquieu por el *Essay concerning the Effects of Air of Human Bodies*, de Arbuthnot, durante el período de 1734-1741, en el que no se había traducido al francés aún y, sobre todo, de 1743 a 1746 el influjo de Espiard determinante de su estudio del clima en relación a las costumbres.—E. S.

CHEVALLIER (Jean-Jacques): *Montesquieu ou le libéralisme aristocratique*, en «Revue Internationale de Philosophie», números 33-34, 1955, fasc. 3-4 (páginas 330-345).

Partiendo del «centrismo» político al que alude Halévy en su obra *La fin des notables*, el autor examina la génesis de este centrismo o liberalismo aristocrático que arranca de Montesquieu hacia el siglo XIX, si bien tiene unos precedentes en la Fronda, Retz, Fénelon, los St. Simon, Chevreuse, Boulanvilliers... que posibilitan que la obra de Montesquieu tenga tradición suficiente para realizar ese progreso hacia el siglo XIX.

En las *Lettres Persanes* aparece ya el odio al despotismo, la hostilidad a la centralización burocrática, la nostalgia de la antigua libertad. El influjo del país que entonces se encontraba a la cabeza del movimiento ideológico europeo, Inglaterra, determinará también las *Lettres anglaises*, de Voltaire, a las que Bruns- vig concede gran importancia. El principio propio de la monarquía, el honor, debe confrontarse con la naturaleza de la monarquía que de suyo postula poderes intermediarios. Estos poderes intermediarios son los que deben confiarse a la nobleza, que evitará así, contrape- sando a la monarquía, el despotismo, el peor de los males políticos, separados y distribuidos entre los poderes sociales concretos, que actuarán de concierto constreñidos los unos por los otros. Con Montesquieu el liberalismo aristocrático, primera fase del liberalismo en el siglo XVIII, de oposición al gobierno absoluto, rinde todos sus frutos. No obstante, Montesquieu admite en este punto dos versiones diferentes: la inglesa y la francesa, la de que introdujo Locke en Francia el liberalismo, y la de que trató el liberalismo francés influido por Locke de adaptarse a una monarquía francesa.

En ambos casos una cosa es cierta: que el liberalismo aristocrático trata de mantener leyes fijas independientes de la voluntad caprichosa y momentánea del rey. La contrafuerza por excelencia es la nobleza. El noble liberalismo de Montesquieu permite el interés por la política de los cuerpos intermediarios que se advierte a lo largo del XVIII: Parlamentos, Cámaras, Asambleas..., y por ello la Revolución pudo ser tomada en un principio como una manifestación grandiosa de liberalismo noble. La gran aportación de Montesquieu es, pues, la fundación del liberalismo aristocrático que perdura a pesar de que Sorel la considerara como utopía de emigrado.— E. S. E.

DERATHÉ (Robert): *Montesquieu et Jean- Jacques Rousseau*, en «Revue Internationale de Philosophie», núm. 33-34, 1955, Fasc. 3-4 (págs. 366-386).

La relación Montesquieu-Rousseau, como subraya el autor del artículo ha sido aludida muchas veces en la muy abundante bibliografía de ambos escritores,

en la que parece estar ya todo dicho. Sin embargo, hay tres aspectos comunes que permiten relacionarlos y sobre los que apenas se ha insistido o que no se han observado debidamente. A estos tres aspectos es a los que se refiere el artículo de R. Derathé: la teoría de los climas y su importancia como factor político, la de la religión civil o aspecto político de las religiones, y, finalmente, la crítica de Hobbes. En estos tres puntos los dos autores de mayor trascendencia política en los tiempos contemporáneos, juntamente con Marx, vienen a coincidir. El liberalismo de Montesquieu y la democracia de Rousseau, antagónicos en principio, aunque compatibles teóricamente en el régimen demoliberal, ponen de relieve en estos puntos algunos de los contactos que han permitido y permiten su compatibilidad. Voltaire y Helvétius hicieron objeto de severa crítica la obra de Montesquieu. Rousseau coincidió con Helvétius en criticar el conservatismo o conformismo que revela su doctrina, y, sobre todo, su respeto a los cuerpos intermediarios, de los que sólo reconoce Rousseau al gobierno. Aunque la crítica del conservatismo no es explícita en Rousseau, puede entreverse a través de la crítica que hace de Grocio. Se basa, como señala Vaughan, en que el derecho político es para Rousseau una grande e inútil ciencia que trata de fijar lo justo, legítimo y universal más que de encauzar lo establecido, finalidad que tiene para Montesquieu. En medio de las dificultades de la fijación de influencias de unos autores en otros, sobre todo cuando son de la misma época aproximadamente, cuando han sido en alguna parte de su vida contemporáneos, no obstante, y a tenor de la comparación de textos inequívocos, el autor señala aquellos tres aspectos comunes a que nos hemos referido. En cuanto a las condiciones geográficas, previas en el sistema de Montesquieu, base inductiva en la elaboración de una doctrina política conservatista, Rousseau, aun considerándolas en un principio fuera de su sistema deductivo, no las considera, después de formuladas, irrelevantes. Antes bien, trae a colación la doctrina de Montesquieu en el libro III del *Contrat social* (chap. VIII). En cuanto al influjo de Montesquieu en las relaciones entre religión y política que se advierte en Rousseau, se basa en la coincidencia respec-